

Angel Busca. Fragmentos elegidos

Uno de los objetivos de la pintura es facilitar la posibilidad de viajar desde la realidad a lo imaginado. Cuando la propuesta es tan claramente selectiva como propone Angel Busca (Madrid, 1951) parte del camino está ya andado al menos en lo que se refiere a la necesidad de optar por una actitud que sea capaz de decidir cuáles han de ser las maniobras elementales o tal vez el objeto que elijamos como compañía. Busca nos indica dos herramientas que se hacen parte de su argumento, quizá argumento mucho más intenso que las figuras de sus cuadros, me refiero al fragmento y al clima de sus representaciones.

En su obra se funde el concepto realista con una especie de interés por lo ambiguo que hace de cada elemento arquitectónico un sujeto fantasmagórico; tal vez por la descontextualización, quizá por la inclusión de una atmósfera enrarecida, distante y abandonada, o por la manera de insistir en unas partes y obviar otras, Busca da a sus cuadros una personalidad a mitad de camino entre la crónica y la divagación que alterna curiosamente lo frío y lo cálido, que atrae y que rechaza.

Es fácil comprender que cualquiera de los elementos elegidos son reales, lo que tal vez esté garantizado por esa parte fotográfica que él no evita para su trabajo; lo que resulta un poco más complejo es admitir que el clima que los envuelve sea natural. En prácticamente todas las obras existe una carga emocional que fija y ancla su lectura en la esfera de lo real; pero después la sensación de soledad y abandono, el continuo diálogo entre lo específico y lo desconcertante, la confrontación entre los primeros pla-

nos y el fondo —siempre en función del distinto enfoque de cada objeto—, la manera en que se van insertando en la acción otros elementos sorprendentes, ajenos muchas veces al núcleo del argumento, y el extraordinario poder del fragmento independizado de lo que se comprende era su mundo, son aspectos de un proyecto de selección que transforma cualquier posibilidad realista en una fórmula irreal.

Para Busca la arquitectura es un emblema de lo cotidiano. Otros pintores ahondan en significados culturales, en connotaciones historicistas capaces de formar un carácter definitivo de lo culto; él se ciñe a una simbología de lo diario: rincones anónimos, indiferenciados, a veces vulgares, propios para una representación normalizada e igualmente anónima en la que, junto a aquellos signos, hay datos de su memoria y algún que otro apunte de sus deseos e incluso de sus temores.

(Galería Egam. Villanueva, 29.
Hasta el 22 de abril.)



«Valencia», 1995, de Angel Busca

JOSE RAMON DANVILA

EL PUNTO DE LAS ARTES

31 DE MARZO 1995